

## Editorial invitado

---

**Xavier Miranda Ruche**

Miembro del Consejo Asesor Editorial. Universidad de Lleida

---

Daniel Innerarity afirma que en una sociedad del conocimiento, como la nuestra, no es tan importante el conocimiento mismo como saber gestionar el desconocimiento. Es una paradoja interesante a partir de la cual el filósofo vasco sostiene la necesidad de aplicar criterios de racionalidad y prudencia en contextos de incertidumbre como aquellos en los que nos vemos obligados a actuar a partir de saberes escasos e imperfectos.

Saco esta idea a colación porque me parece una aportación interesante que habría que tener en cuenta en un contexto en que la proyección y la legitimación social de nuestra profesión pasa por la posibilidad de acumular mayores cuotas de conocimiento científico. Aunque hablamos de un desafío de alta complejidad que estamos obligados a afrontar, estaría bien aprovechar la oportunidad para abordarlo de la manera más amplia y positiva posible, generando debates a partir de los que la profesión exprese su heterogeneidad y, en cualquier caso, pueda salir reforzada.

En este sentido, uno de los debates prioritarios que hay que afrontar está relacionado, precisamente, con la noción de ciencia a la que podemos adherirnos las profesiones que, como el trabajo social, actuamos en espacios “abiertos”, que se caracterizan por la imposibilidad de controlar íntegramente las condiciones bajo las que llevamos a cabo nuestra intervención. Espacios complejos, fluctuantes y, muchas veces, imprevisibles, configurados a partir de varios niveles –estructurales, grupales, individuales– y en los que las personas y las situaciones que atendemos no se encuentran, ni de lejos, sujetas a leyes verificables. Espacios que la actuación científica tilda, incluso, de dificultosos, puesto que a los aspectos anteriores hay que añadir también el carácter normativo que rige la actuación profesional.

En el marco de esta discusión, y desde mi perspectiva, resulta ciertamente arriesgado confiar el desarrollo científico del trabajo social exclusivamente a los procedimientos de carácter empírico, que, bajo la denominación de las prácticas basadas en la evidencia, han tomado un impulso muy significativo en los últimos tiempos, especialmente en el ámbito de la salud. Unas prácticas asociadas a una noción de ciencia demasiado restringida para el trabajo social. Así, en su necesidad de objetivar y uniformar –y por tanto de reducir– las variables que tienen que ser observadas, estos procedimientos presentan dificultades serias cuando se trata de incorporar los elementos culturales, políticos y estructurales –de desigualdad, opresión, injusticia social, clase, género, etnia, entre otros– que se encuentran en el sustrato de una gran parte de las situaciones que pretendemos modificar.

No se trata, en ningún caso, de renunciar a los métodos de carácter empírico, porque hablamos de un recurso muy preciado que tenemos que conocer y usar de manera competente, porque a partir de estos métodos

podemos extraer ciertas explicaciones útiles y significativas de algunas partes de la realidad con la que trabajamos. Pero sí que se trata de ajustar su ensamblaje en el trabajo social, especialmente cuando se presentan como la única vía que puede canalizar las aspiraciones científicas de la profesión.

Entiendo que el trabajo social requiere una noción de ciencia más abierta y plural que la que ofrece esta posibilidad. Una noción que le permita acumular y acomodar un tipo de conocimiento que se genera en el marco de un trabajo con un objeto de naturaleza dinámica, que no puede reducirse a un orden puramente explicativo ni predictivo. Una noción que permita dar cobertura a una profesión que no interviene en escenarios en los cuales pueda establecer decisiones irrefutables basadas en la lógica de la comprobación y la experimentación. Las decisiones que toman las trabajadoras y los trabajadores sociales, sin embargo, muchas veces están muy alejadas de esta lógica y tienen que ver más con otras lógicas fundamentadas en la consistencia argumental, la adecuación y la comprensión.

Para empezar este texto, he empleado la idea de un filósofo actual; ahora, para terminar, tomo otra, en este caso, de Immanuel Kant, uno de los grandes filósofos de la modernidad. Kant señalaba que a pesar de que hay objetos que no pueden conocerse completamente, esto no imposibilita el hecho de poderlos pensar.

Lejos de entenderlo como una debilidad, asumir los límites que presenta la naturaleza del objeto que tratamos nos puede ayudar a orientarnos mejor en este debate.